



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Depetris, Nicolás

Visiones del pasado : la nueva escuela histórica y los positivistas



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Depetris, N. (2019). *Visiones del pasado: la nueva escuela histórica y los positivistas. Sociales y virtuales*, (6). Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/3753>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Visiones del pasado: la nueva escuela histórica y los positivistas

socialesyvirtuales.web.unq.edu.ar/archivo-4/syv-no6/dossier/visiones-del-pasado-la-nueva-escuela-historica-y-los-positivistas/

por Nicolás Depetris

El presente trabajo tiene como objetivo caracterizar las principales voces del pasado surgidas durante las primeras décadas del siglo xx y, así, ahondar en las diversas formas de elaborar los relatos del pasado en un inminente proceso de profesionalización de la disciplina histórica.



Inicialmente, se consideró pertinente exponer un breve contexto sociopolítico de la década de 1910 en Argentina para poder entender qué estaba ocurriendo en el período que se inicia con el centenario y el ambiente en el que surgen la nueva escuela histórica y los positivistas. Luego, se procedió a detallar los principales rasgos de estos grupos, que a pesar de no ser absolutamente homogéneos ni cerrados, nos permiten dar cuenta de las vigentes visiones del pasado así como de las prácticas y métodos empleados que comenzaron a legitimar el quehacer historiográfico.

Década de 1910

Se trató de un período caracterizado por una concentración del poder económico y del prestigio en manos de una verdadera oligarquía, lo cual implicaba un cierto orden político. Para Alain Rouquie (1998) el análisis social ya es una descripción del sistema de poder: el grupo dominante era naturalmente el grupo dirigente. La preponderancia oligárquica se prolongaba en el aparato estatal, que la reforzaba. La riqueza y la posición social abrían las puertas a la “clase política”.

La Argentina se hallaba inmersa en una expansión productiva de materias primas de origen agroexportador (carnes y cereales), que le había permitido un desarrollo material. El tipo de producción primaria exportadora habilitó una inserción en el mercado capitalista internacional con características bien definidas. Este crecimiento económico, en buena medida resultado de la existencia de grandes extensiones de tierras fértiles así como de la disponibilidad de mano de obra migrante relacionada con el arribo de grandes masas de población extranjera, se expresó también en un marcado crecimiento urbano y en la creciente diversificación de la sociedad. De este modo, el fenómeno multitudinario constituía parte del proceso de modernización nacional.

En torno al centenario, este modelo de desarrollo económico y de régimen político comenzó a manifestar limitaciones. Se produjo el desarrollo de sectores medios y obreros urbanos que no encontraron en esta época inserción en el sistema político vigente. Esa Argentina, vista como el “granero del mundo”, distaba mucho de ser una nación con equidad social. En el plano político los grupos dirigentes que controlaban las

posiciones de poder habían organizado un régimen de gobierno oligárquico que procuraba conciliar los valores igualitarios de una “república abierta” con los valores jerárquicos de una “república restrictiva”, circunscripta a unos pocos.

Por otra parte, los sectores populares organizados en gremios tenían una asignatura pendiente: no solo reclamar por mejores condiciones de trabajo, mejores salarios y una mejor calidad de vida, sino también modificar el aparato electoral que garantizaba el poder de una minoría y excluía a la mayor parte de la población argentina de la participación política. En estas circunstancias dicha problemática estaba en la agenda política, ya que revoluciones radicales, atentados anarquistas y el acrecentado movimiento obrero significaban una amenaza para la minoría dominante. Como consecuencia y en contraposición al sistema de fraude electoral, se creó en 1912 la Ley Sáenz Peña, que establecía el sufragio universal, secreto y obligatorio, exclusivo para nativos argentinos mayores de 18 años.

La nueva escuela histórica

Para poder entender el surgimiento de la nueva escuela histórica (NEH), que comenzó a ser identificada de ese modo hacia 1916, es necesario dar cuenta del proceso de transformación por el que había pasado la historia como disciplina en el continente europeo a lo largo del siglo XIX y, así, ofrecer un provisorio contexto en el cual instalar el caso argentino, pues desde entonces dejó de ser una actividad intelectual practicada más o menos libremente para convertirse en una disciplina profesional.

Cattaruzza (2003) señala que dicho cambio —que operó a través de la creación de una base institucional, de la implantación de controles académicos, del establecimiento de patrones de legitimación basados en las credenciales obtenidas en la universidad y en la participación en los circuitos de sociabilidad profesional— hizo de la historia una disciplina dispuesta a disputar el reconocimiento y los recursos estatales, así como el prestigio social.

Lo distintivo de la situación argentina fue una lenta constitución de una estructura administrativa dedicada a aquellas áreas relacionadas con la historia: las facultades de humanidades fueron pocas y se crearon en los años cercanos al cambio de siglo; a pesar de algunas excepciones, los archivos no eran reparticiones privilegiadas; la escuela media se expandía, pero no alcanzaba cantidades significativas de alumnos.

Los miembros de la nueva escuela histórica eran herederos de la interpretación mitrista, centrada en la preexistencia de la nación y en considerar a los caudillos como una demora para el destino “manifiesto” de la nación argentina. Se trató de un grupo de historiadores profesionales muy apegados al método histórico, focalizados en el trabajo de archivo y en la publicación y divulgación de fuentes inéditas, que cumplían estrictamente con los preceptos correspondientes a la disciplina histórica, es decir, la compulsión de documentación oficial y la producción de una historia política con especial atención en las cuestiones jurídicas e institucionales. Para la nueva escuela los documentos eran concebidos como insumos indispensables para que la tarea de los historiadores fuera plenamente científica.

Cattaruzza (2003) afirma:

“ El relato que intentaba difundirse encontraba soportes diversos: desde los manuales escolares hasta los retratos de próceres y las banderas que adornaban las aulas; desde la liturgia patriótica hasta los monumentos (...). Se creaba de este modo un lugar para la historia en la acción estatal sobre la sociedad (...). Por otra parte, de acuerdo con las premisas de la «nueva escuela», el documento —que tendía a restringirse a las fuentes escritas y, en general, producidas por el Estado— y su crítica resultaban los elementos centrales en la constitución de una historiografía de nuevo tipo (pp. 107-108).

Así, una de las acciones que impulsó la “nueva escuela” fue retomar, mejorar y multiplicar la publicación de series documentales. Por ejemplo: la Comisión Nacional del Centenario, la Biblioteca Argentina de Libros Raros y Curiosos (editada por la Facultad de Filosofía y Letras entre 1922 y 1927) y las Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino de 1918, entre otras. Además, algunas de las instituciones más importantes eran el Instituto de Investigaciones Históricas, la Junta de Historia y Numismática (luego Academia Nacional de la Historia) y el Centro de Estudios Históricos Argentinos de la Universidad de La Plata.

Tanto el Estado radical como el de la restauración conservadora organizaron con fervor comisiones de lugares históricos, comisiones para la definición de los “auténticos” atributos de los símbolos patrios, comisiones revisoras de textos, en las que los miembros de las instituciones reconocidas como productoras del discurso científico sobre el pasado encontraban un puesto, a veces remunerado. A su vez, las asociaciones civiles promovían la instauración de monumentos a los héroes de la nacionalidad y también allí participaron los historiadores. “Lo que estaba en juego era, desde ya, la obtención de recursos, la organización de sistemas de consagración autónomos, el control del acceso a los cargos en las distintas alternativas laborales, los contactos con el exterior, la autoridad científica” (Cattaruzza, 2003, p. 113).

Para este autor, lo que permitía que existiera un campo común en el cual competir era la coincidencia general, entre los miembros de las asociaciones más asentadas y eruditas, en los requisitos metodológicos exigidos a la historia científica y en lo que ocasionalmente llamaban “función social” del historiador, que en los años treinta para la gran mayoría consistía en “fortalecer la conciencia nacional”. Junto al control ejercido sobre las instituciones de la disciplina y lo fructífero de la relación que estas mantenían con el aparato del Estado, el triunfo ideológico de aquel grupo que había sido la “nueva escuela” se dio, precisamente, en la creación de una imagen del historiador profesional.

En cuanto a sus límites, resulta interesante subrayar que la barrera técnica que distanciaba una práctica historiográfica “científica” de la actividad *amateur* era débil y que tampoco funcionaba un sistema basado en las credenciales educativas, ni se controlaba el acceso a los puestos de trabajo. Para Cattaruzza (2003):

“ (...) esta profesionalización imperfecta se sostenía, entonces, sólo en los mecanismos de reconocimiento por los pares, todavía bastante poco formalizados, y en el establecimiento de vínculos con el Estado, que parecían depender en buena medida de las capacidades y estrategias personales. En otro plano, la historiografía profesional aparecía renuente a plantearse nuevas preguntas y a ofrecer explicaciones de largo aliento (p. 140).

Por último, es necesario señalar que no se trató de un grupo homogéneo ni cerrado. Había una “autoimagen” de unidad que en realidad no era tal. El caso más emblemático de esa heterogeneidad es el de Ravignani, cuya percepción sobre la acción de los caudillos se instala dentro de una revalorización del federalismo que marca contrastes y armonías con la visión clásica propuesta por Bartolomé Mitre, Vicente F. López y de miembros de la NEH. En consecuencia, lo que había era un consenso en cuanto al acatamiento del método y la rigurosidad científica, que convivía con diferencias ideológicas en algunos casos muy latentes.

A continuación se presentará una selección de citas de publicaciones de Ricardo Levene, uno de los máximos referentes de la nueva escuela histórica, que reflejan las principales características de dicha corriente historiográfica:

“ Para comprender la aparición histórica de Rosas es necesario seguir su proceso formativo relacionándolo estrechamente con los sucesos de 1820. En esa etapa, Rosas representó la autoridad, la propiedad y el orden contra la anarquía.

No representaba la campaña únicamente, como se ha dicho, sino la unidad de la ciudad y el campo, y en medio de la guerra civil entre ambas partes y de la guerra con los indios para la conquista del desierto, afirmó que los hijos de la Provincia deseaban verse regidos por un mismo gobierno (Levene, 1954) (Cardinal, Cuesta, Martínez Tami, Pasqualini, 2001, p. 72).

Artigas había sido vencido en Tacuarembó, el 20 de enero, y rechazó el Tratado del Pilar, no obstante que, por uno de sus artículos se invitaba especialmente al Capitán de la Banda Oriental a adherir al mismo la provincia de su manda, «y cuya incorporación a las demás —se lee en el Tratado— se miraría con un digno acontecimiento» (...).

Se había producido un cambio político, pues mientras Artigas aspiraba a que se declarase la guerra a los portugueses, en el Tratado se adoptaba el plan de defensa de la integridad territorial, de eficacia indudable en mérito a los recursos que Buenos Aires se obligaba a suministrar.

Desde el establecimiento del primer gobierno, en 1810, hombres representativos — con amplia visión patriótica— defendieron celosamente la integridad de la nación contra todo ataque extranjero.

La actitud resuelta de los caudillos, en 1820, en defensa del territorio, es la reacción contra la censurable política de algunas autoridades que habían gestionado y continuaban gestionando, la intervención extranjera (Levene, 1954) (Cardinal, Cuesta, Martínez Tami, Pasqualini, 2001, p. 73).

Estos fragmentos pertenecen a un libro cuya descripción cronológica está estrictamente ligada a lo político-institucional, rasgo de la producción historiográfica de la nueva escuela. Se aprecia una narración encadenada de distintos sucesos y un relato lineal de los acontecimientos en donde la precisión de datos y fechas son la base del método, una historia de grandes hechos y personajes.

“ (...) los historiadores desempeñan una función social, además de la tarea científica que cumplen siguiendo la estrella polar de la verdad (...). Ese fin educativo se realiza (...) haciendo conocer los grandes hechos y los grandes hombres, y a amar esa incorpórea deidad, la imagen encendida de la patria... (Levene, 1946) (Cattaruzza, 2003, p. 128).

Por otra parte, en esta cita se puede percibir el compromiso de los historiadores profesionales de la NEH con la formación de la nacionalidad, cumpliendo esa función social que la historia debía tener para configurar ciudadanos patriotas, es decir, responsables en la organización de identidades colectivas en clave nacional.

Los positivistas

El movimiento positivista argentino se desarrolló entre 1880 y 1910 y “si se lo coteja con la Generación del 80 se destaca una mayor voluntad de sistematicidad y de profesionalismo, podríamos decir. Esto se percibe en las figuras de sus principales representantes: José María Ramos Mejía y, sobre todo, José Ingenieros” (Terán, 2009, p. 127). Los positivistas no fueron historiadores profesionales, sino que eran intelectuales de distinto tipo (médicos, abogados, sociólogos, etcétera). Tenían una mirada diferente con respecto al pasado, pues su explicación estaba en la sociedad y no en el Estado. Para 1910 les preocupaba el fenómeno de la inmigración y dentro de ella, elementos “políticamente peligrosos” como el activismo anarquista, socialista, es decir, la “cuestión social”.

Se trataba de un grupo de intelectuales muy vinculados con las elites políticas, que en muchos casos ocupaban cargos estatales y que ansiaban explicar la crisis social que estaban viviendo. En sus escritos había un fuerte eclecticismo con otras ciencias: recurrían a elementos de la criminología, de la sociología, de la economía y de la psicología, entre otras, para obtener una explicación.

En el caso de Ramos Mejía, un médico miembro de una familia tradicional y formado en las filas antirrosistas, se destaca *Las multitudes argentinas*, publicación que introdujo una serie de conceptos novedosos que había tomado de la *Psicología de las masas*. En dicho trabajo Terán observa que el autor se despidió de la historia de batallas y de héroes para atender a lo que llama “las fuerzas ciegas que discurren en las entrañas de la sociedad y que cumplen su destino sin odios ni cariños (Ramos Mejía, 1934)” (Terán, 2009, p. 132), pues lo que acontecía era una preocupación que los sectores dirigentes experimentaban ante la aparición de las multitudes urbanas, se preguntaban: “¿Qué hacer con las masas?” (Terán, 2009, p. 129).

En el caso argentino dichas multitudes se hallaban entremezcladas con el mundo de los trabajadores y, por ende, con la inmigración. Es allí donde el positivismo se ofreció como respuesta, pues para evitar que la presencia de las masas afectara la gobernabilidad y el reconocimiento del papel rector de la minoría dirigente era necesario primero conocer dicho fenómeno. “Al leer a Ramos Mejía y otros intelectuales de su grupo, es preciso identificar que los términos más utilizados son «masa» y «multitud»; con ellos se designaba un conjunto indiferenciado de personas, una realidad social magmática, confusa e irracional” (Terán, 2009, p. 130).

De igual manera, resulta de interés recurrir a los escritos de otro intelectual del grupo: Lucas Ayarragaray, médico doctorado en 1884, secretario del Departamento Nacional de Higiene, ministro de Gobierno de Entre Ríos y diputado nacional por esa provincia en dos períodos, pues a partir de su análisis es posible acercarse a las concepciones y argumentos de aquel movimiento:

“ Pero los trastornos cada día más profundos, concluyeron por suscitar un sentimiento difuso de conservación, arraigado principalmente en la clase laboriosa, la cual, con el refinamiento de las costumbres y los recursos acumulados, aspiraba a gozar el fruto de sus afanes.

Es cierto que esas aspiraciones eran reducidas; ellas no reclamaban libertades políticas dignas de una democracia, sino garantías rudimentarias, casi policiales, que ampararan sus intereses y sus vidas. Y cuando sustentado por ese espíritu de estabilidad surge un caudillo, que impone las embrionarias garantías reclamadas, ellas no alcanzan sino a los banderizos y enriquecidos pelucones, que asienten a su poder omnímodo sustentándolo con el acatamiento de su silencio. Ese corto sentimiento político y utilitario, natural por otra parte, en un país desgarrado por la anarquía, dio base para la consolidación del régimen de los gobiernos fuertes y del absolutismo de los caudillos (Ayarragaray, 1904) (Cardinal, Cuesta, Martínez Tami, Pasqualini, 2001, p. 41-42).

En esta cita puede apreciarse claramente la ligazón del autor con el grupo positivista, principalmente en su descripción de los sectores populares, caracterizándolos, en consonancia con Ramos Mejía, como elementos anónimos, sin personalidad e inteligencia vaga, y que carecían de aspiraciones concretas en tanto sujetos políticos; más bien actuaban como una masa obnubilada bajo la figura de un líder absoluto. Ayarragaray busca las causas o condiciones de posibilidad del caudillismo, fenómeno que es juzgado unilateralmente. Su preocupación está en las multitudes y es el estudio de estas el recurso utilizado para entender el presente y explicar la crisis social que se estaba atravesando. Además, en el título de la obra *Estudio psicológico de los orígenes nacionales hasta el año xxix* está explícita la formación que tenía este grupo de intelectuales y el enfoque disciplinar utilizado en sus estudios.

Es interesante también pensar, a partir de los títulos de ambas obras de Ayarragaray y Levene, cómo los autores utilizan el mismo concepto de “anarquía” para mencionar el proceso que se inició en 1820 en nuestro país.

Finalmente, el análisis de la publicación de Ramos Mejía comprueba que la historia era escrita desde las inquietudes del presente. Él consideraba que la ausencia de sentido republicano y nacional dentro de la elite podía ser explicada con la historia de sus propios orígenes. Más aún, y sorprendentemente, entendía que ante ese comportamiento degradado, fueron las masas, las multitudes, las que tuvieron actitudes más acordes con el civismo y el patriotismo, ya que desde la época colonial las clases elevadas habían aspirado solo a un liberalismo egoísta, reducido a obtener beneficios personales.

Terán (2009) argumenta:

“ También en su estudio aparece otra obsesión de los escritos de la época: marcar los límites, los bordes, dentro de ese mundo de extranjeros entre quienes asumían la función laboriosa y aun patriótica y otros componentes de una especie de fauna degenerada o peligrosa que crecía en la confusión de las multitudes urbanas. Se veía claramente expresado el temor casi paranoico ante esos extranjeros que rápidamente habían comenzado la carrera del ascenso social y que ya para el Centenario empezaban a ocupar destacadas posiciones en el país. En síntesis, lo que florecen son síntomas que revelan las prevenciones de la elite ante lo que se llamaba los «efectos no queridos» de la modernidad y de la modernización que ella misma había aceptado e impulsado (p. 144).

Un caso diferente fue el de José Ingenieros, un erudito proveniente del aluvión inmigratorio, que no poseía linaje, ni riqueza ni posición política. Era uno de los primeros intelectuales en el sentido moderno del término, por el que se entendía aquel sujeto que legitimaba su actividad y obtenía su sustento del ámbito estrictamente intelectual.

Así, es evidente que Ingenieros se presentaba como un investigador “objetivo”. Todos sus textos estaban encuadrados en un programa de conocimiento de la sociedad mediante un método científico “alejado” de toda subjetividad. Se construyó a si mismo con el perfil del sabio científico, es decir, ya no se trataba de alguien que escribía guiado por su inspiración momentánea, sino de quien practicaba una disciplina continua y buscaba construir un conjunto de ideas y conceptos articulados en un todo coherente.

Para poder entender que Ingenieros también hacía historia desde el presente, Terán (2009) destaca su intervención en un debate que se desató en toda Iberoamérica desde las últimas décadas del siglo xix. Para entonces, Estados Unidos se estaba convirtiendo en una potencia en el escenario mundial, mientras que Centroamérica y Sudamérica experimentaban serias dificultades para emprender un camino de progreso; entre la admiración y el temor, las clases dirigentes y letradas se preguntaban cuál era la causa del retraso de esa parte del continente. Es justamente en su artículo “La formación de una raza argentina” que el prestigioso médico y escritor argentino aplicó su visión sociológica positivista para poder responder a esta cuestión.

A diferencia de otros intelectuales de linaje criollo, para Terán (2009):

“ (...) la nación de Ingenieros no se encontraba en el pasado sino en el porvenir. Esto se debe a que pensaba que a partir de la mezcla que se estaba produciendo con el aporte extranjero, en un futuro aún indeterminado surgiría una nueva «raza» que definiría el tipo argentino” (p. 153).

A modo de conclusión, el breve repaso realizado por el período que se inició con el centenario nos permite asegurar que fue a partir de allí que la historia comenzó a volverse una profesión convencida de que sus prácticas intelectuales le conferían un estatuto científico. Como señala Cattaruzza (2015), fueron justamente la aplicación del método, la objetividad y la formación estricta de recursos humanos en instituciones especializadas lo que la llevaron de su condición de práctica intelectual libre a disciplina profesional. Fue entonces en dicho contexto que sus principales exponentes, incluso con

notables diferencias ideológicas y maneras de concebir el pasado, crearon las instituciones y con mayor o menor énfasis buscaron el reconocimiento estatal para poder así legitimar su práctica y obtener cierto prestigio. ■



Referencias bibliográficas

Cardinal, C., Cuesta, M., Martínez Tami, V., Pasqualini, M. (2001). *Debate sobre caudillismo en la Historiografía Argentina*. Buenos Aires: Talleres gráficos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Cattaruzza, A. (2015). *Debates históricos, polémicas políticas: la historiografía argentina desde fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Mimeo.

Cattaruzza, A. (2003). La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras. En Cattaruzza, A. y Eujanian, A. *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960* (pp. 103-142). Buenos Aires: Alianza Editorial.

Rouquie, A. (1998). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Vol. I. Buenos Aires: EMECE Editores.

Terán, O. (2009). *Historia de las ideas en la Argentina: Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

¿Cómo citar este artículo?

Depetris, N. (2019). Visiones del pasado: la nueva escuela histórica y los positivistas. *Sociales y Virtuales*, 6(6). Recuperado de <http://socialesyvirtuales.web.unq.edu.ar/dossier/visiones-del-pasado-la-nueva-escuela-historica-y-los-positivistas/>



Ilustración de esta página: Renison, B. (2019). *Necesaria, gratuita, pública* (fragmento). [Impresión digital papel y calados]. En Programa de Cultura (Coord.) “Exposición 30 años, 30 obras”. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. *Clic en la imagen para visualizar la obra completa*